

ASUNCIÓN RALLO GRUSS
(*Editora*)

ARCO DE SOMBRAS

AUTORES:

ASUNCIÓN RALLO GRUSS	CARMEN GONZÁLEZ-ROMÁN
AZUCENA LÓPEZ COBO	CARMEN SERRANO SÁNCHEZ
PEDRO J. PLAZA GONZÁLEZ	MARTA PACHECO-FRANCO
JUAN ANTONIO PERLES ROCHEL	JAVIER CALLE-MARTÍN
ENRIQUE BAENA PEÑA	PATRICIA ÁLVAREZ SÁNCHEZ
MARC MONTIJANO CAÑELLAS	LAURA ESTEBAN-SEGURA
SILVIA PILAR CASTRO BORREGO	SALVADOR PELÁEZ SANTAMARÍA
JUAN FRANCISCO SORTINO BARRIONUEVO	REYES ESCALERA PÉREZ
ANA DE LA FUENTE ROSELLÓ	CARLOTA ÁNGELA ESCUDERO GALLEGOS
HUGO CASTRO NOBLEJAS	JOSÉ JESÚS DELGADO PEÑA
MARÍA JESÚS PERLES ROSELLÓ	ABRAHAM NUEVO LÓPEZ
SOFÍA MUÑOZ VALDIVIESO	FRANCISCO MARCOS MARTÍN-MARTÍN
FRANCISCO ESTÉVEZ	FRANCISCO HIDALGO FERNÁNDEZ
MARÍA GRACIA TORRES DÍAZ	CARMEN LARA-RALLO
SALOMÉ YÉLAMOS GUERRA	ROSA FERNÁNDEZ GÓMEZ
MARÍA HERRANZ PINACHO	MANUEL ÁLVAREZ-MARTÍ-AGUILAR
CRISTIAN CERÓN TORREBLANCA	MILAGROS LEÓN VEGAS
SONIA RÍOS-MOYANO	MIGUEL ÁNGEL GONZÁLEZ CAMPOS
ANA BARRENA GÓMEZ	

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917021970/932720407.



UNIVERSIDAD
DE MÁLAGA

| **uma.es**

Este libro ha sido sometido a evaluación por parte de nuestro Consejo Editorial
Para mayor información, véase www.dykinson.com/quienes_somos

© Copyright by
Los autores
Madrid

Editorial DYKINSON, S.L. Meléndez Valdés, 61 - 28015 Madrid
Teléfono (+34) 91 544 28 46 - (+34) 91 544 28 69
e-mail: info@dykinson.com
<http://www.dykinson.es>
<http://www.dykinson.com>

ISBN: 978-84-1122-779-7
Depósito Legal: M-30437-2022

ISBN electrónico: 978-84-1122-970-8

Maquetación:
german.balaguer@gmail.com

INTRODUCCIÓN

ASUNCIÓN RALLO GRUSS

El arco iris simboliza desde los tiempos remotos la nueva vida, la esperanza tras un cataclismo, como fue el del diluvio universal. Si la horrible calamidad que se presenta en forma de terremoto, pandemia o guerra supone la ruina, la destrucción y la muerte, los colores del arco iris anuncian que tiene un final y que la humanidad ha podido siempre superarlo. Durante la pandemia del COVID 19 las ventanas de las casas acomodaron ese símbolo a sus cristales, sintiendo la seguridad de que la paloma de la paz volvería también esta vez con la rama de olivo en el pico. Así se asumen las pandemias como ciclos en la historia de la humanidad. Ciclos que repiten las mismas situaciones de enfermedad, dolor y muerte, pero que a la vez obligan a nuevas respuestas. En el plano general la sociedad humana sufre cambios importantes al atravesar y superar cada catástrofe sobrevenida, en el plano individual renueva el modo de entender la vida personal.

De aquellas vivencias y de sus consecuencias, y también de los impulsos para escapar de ellas, da cuenta este libro. Como *Arco de sombras* recoge las reflexiones que pueden hacerse en diferentes categorías y modos sobre la reciente enfermedad y su impacto. Es como el arco iris un puente entre dos situaciones, entre dos mundos, entre un antes y un después, pero sus colores son el blanco, el gris o el negro porque recogen las nieblas y las sombras proyectadas tanto en la realidad de sucesos ocurridos en el presente y en el pasado, como la imaginación que los asume y que incluso los convierte en impulso para la renovación de la vida, dando paso a nuevas adaptaciones a la naturaleza, a nuevos criterios para la valoración, a nuevas creaciones en todos los ámbitos.

En las tinieblas del presente

Una actitud muy humana, nacida de la desesperanza, es despreciar el mundo, agarrándose al sentimiento que identifica la vida con lo peor del mundo, preparándose para poder abandonarlo en paz. Es el viejo tópico del *contemptus mundi*. Siendo una actitud estoica, sustenta la posibilidad de despedirse en calma, victorioso por la lucha inmanente de la vida; en la paradoja, recordada por Gracián en *El Criticón*, del “mundo inmundo”,

es decir “mundo sucio”, cuando *mundus* en latín significa limpio. Así lo verbalizaba, más de un siglo antes, Guevara:

Quédate a Dios,mundo, pues no hay quien contigo pueda vivir [...] Oh mundo inmundo, yo que fui mundano conjuro a ti, mundo, requiero a ti, mundo, ruego a ti, mundo, y protesto contra ti, mundo, no tengas ya más parte en mí, pues yo no quiero ya nada de ti, ni esperar ya más en ti (*Menosprecio de corte*, ed. A. Rallo, 1984: 285).

El poema que estudian Azucena López y Pedro Plaza de Begoña Rueda, titulado *Servicio de lavandería*, en el que se refleja las terribles vivencias durante el encierro obligado por los riesgos provocados por el COVID-19, no es sólo la exteriorización poética del sufrimiento, entre trabajo hospitalario y noticias de muertos, sino una original y perfecta metáfora de la necesidad de volver al mundo mundo, es decir limpio. Tras el análisis concluyen:

Servicio de lavandería puede ser considerado un libro de temática circunstancial. El premio de poesía joven que recibió en 2021 puede ser entendido como la respuesta emocional o sensible de un jurado que lógicamente premia la expresión de lo que hemos sido en los dos últimos años. Sin embargo, un rasgar la superficie de este tomito de versos revela algo más profundo, algo más sintomático, algo que quizá todos íntimamente sabemos: que ninguno de nosotros es ya quien era antes de mediados de marzo de 2020. La profundidad de esa trascendencia es lo que se vislumbra en *Servicio de lavandería* [A. López-P. Plaza].

Así pues el desarrollo de la enfermedad como pandemia, visto muy de cerca, se comprende también en la afectación psicológica y en el trastorno particular del individuo. Desde el rechazo al trato con otras personas, especialmente aquellos que con apariencia desaliñada y sucia o simplemente extraña, a la crisis interior por la búsqueda de una explicación y la propia culpabilización, ya como posible trasmisor, ya como cobarde. De esto trata la novela *Némesis* de P. Roth analizada por Juan Antonio Perles en su capítulo: el protagonista, profesor de deportes, se siente culpable de haber llevado el virus de la polio de una ciudad a otra, y su propia destrucción ocurre por no haber sabido reconocer sus propias capacidades, al enfrentarse a «una fuerza cósmica encargada de castigar las ambiciones de los humanos, es decir, de aquellos que no son capaces, como Mr. Cantor, de reconocer que tienen límites». No en vano se le presenta como «una suerte de Hércules, el hombre más fuerte del mundo y, al igual que nuestro héroe, un primoroso lanzador de jabalina».

Entramos en una de las verbalizaciones, quizá la más importante, de la lucha interna y su dialéctica intrínseca al ser humano: la tragedia. Creada en Grecia en lejanos tiempos sigue aportando una dimensión esclarecedora del enfrentamiento, y consiguiente asunción, del héroe a las fuerzas incontrolables del destino, conformado como agonía y muerte. Es

esta una huella renovada que sigue proyectándose en dramaturgos contemporáneos, como recuerda E. Baena:

Lo legendario estaba en Edipo o Antígona, o en el personaje real de Macbeth para un contemporáneo de Shakespeare, alargando en la historia literaria el devenir de la tragedia. Esta forma de dramatismo total se enfrenta, pues, a la supervivencia en un presente que apela con ese fin a la salvaguarda de valores para un psiquismo colectivo y singular cuyo presentimiento se llena de confusión por el corte irreparable con el pasado y la llegada de nuevas formas de existir, de otras leyes que conllevarán inéditas dependencias [E. Baena].

Si las desgracias sobrevenidas, ya sean guerras, pestes o terremotos, generan una interrogación sobre el mundo, esta es a la vez eterna y nueva; eterna en cuanto la naturaleza o las fuerzas cósmicas, nueva en su adaptación tanto al contexto como al modo en que se recibe la afectación. Debe entenderse que la fatalidad y el destino se han asumido y a la vez trastocado en el presente, extendiendo este a todo el siglo XX, como hace E. Baena al estudiar las obras de A. Buero Vallejo y M. Romero Esteo. Si en este la pesada realidad se sublima en espacios legendarios y míticos, en aquel emergen «los conflictos de la España coetánea: la represión, la censura, las condenas a muerte y el poder autárquico, las consecuencias de la sinrazón de la guerra fratricida, o el egoísmo y la insolidaridad...».

Con esta percepción, el sufrimiento, en el teatro que Buero nos propone de la condición humana, se consagra, y ante esta consagración queda patente cualquier tiempo desprovisto de nobleza [...]; tiempos y sociedades que, como bien refleja *El tragaluz* -1967-, conducen al hombre desde el dolor a un estado anímico de soledad, a un encuentro consigo mismo; otra de las principales claves de índole moral en la caracterización trágica de la obra de Buero Vallejo [E. Baena].

La humanidad sigue transitando por los mismos caminos aunque las andaduras sean diferentes. Y en los momentos de crisis a los problemas derivados de la causa que la produce se le suman otros, nacidos de la coyuntura. Cuando la situación física de enfermedad, cataclismos y muerte centra la atención de la sociedad y del individuo, la debilidad psíquica hace su aparición, y si bien arrastra a la melancolía y la depresión a la mayoría, para otros brinda la ocasión de imponer su ideología, de hacerse con la voluntad en esos momentos enflaquecida a falta de referentes de confianza. Como sugiere Marc Montijano: «podemos percibir que la sociedad occidental post-pandémica, ha recortado a los ciudadanos parte de su bienestar, se han resentido los derechos sociales e incluso las libertades individuales, a favor de un aparente bien común». Y esto se refleja en el surgimiento de grupos ideológicos que menoscaban la libertad de pensamiento difundiendo valores que empequeñecen la capacidad crítica, y remueven sentimientos anteriores mediante el uso de símbolos que en otros momentos han funcionado.

De modo semejante aumentan las quebraduras sociales, y los grupos ya antes marginados total o parcialmente sufren todavía más esa situación de desamparo y desolación, de

caos y dejación. Así se propone en el capítulo de Silvia Castro con el ejemplo ilustrativo del problema de la esclavitud en afroamericanos, y en el capítulo último de esta parte con el análisis de la relación entre la presencia del COVID 19 en los colegios de Málaga y su localización territorial.

La novela *La bailarina del agua* (2019) de Ta-Nehisi Coates plantea, en paralelo a la situación derivada de una pandemia, «los devastadores efectos de la esclavitud en el ser humano, pero también enfatiza el potencial del ser humano para evolucionar a partir del reconocimiento y la aceptación del trauma vivido». S. Castro reflexiona sobre la importancia de la consciencia y el autoconocimiento en las terribles circunstancias de sufrimiento del ser humano.

Desempeñando penumbras

Para combatir no solo el aislamiento sino la tristeza y depresión hay que inventar entretenimientos, fomentar la diversión que palie el decaimiento de las personas no ya encerradas en sus casas, sino vueltas sobre sí mismas contemplándose en los espejos oscuros de la memoria (pasado) y en el empañado presente. Sobre aquel se superponen las imágenes de lo vivido como algo ya perdido, abriéndose el abismo de una situación vital; sobre este las rayas trazadas en el espejo empañado no logran un dibujo de futuro claro; si se logra desempañar ¿qué se verá reflejado en él? «es solo cuestión de tiempo ya que, si algo aprendimos durante la pandemia, es que el confinamiento podía llevarnos a límites insospechados, rechazando lo deseado y deseando lo rechazado», como afirman A. López-P. Plaza que aporta Begoña Rueda en su *Servicio de lavandería*

Lo hago por los demás.
Sobre todo
por no contagiar a nadie.
Lo de lavarme las manos.
Lo de tomar precauciones.
No lo hago por mí.
Me cuesta reconocerlo pero
hace tiempo
que siento que no la soporto.
La vida.
No la soporto (Rueda, 2021: 23).

Salir de esta cárcel mental implica pintar o soñar otras realidades. Realidades que implican la huida, que es absolutamente necesaria. La huida primordial es la de escapar del atrapamiento mediante la marcha a otros lugares, considerados más sanos, no afectados por la peste, como se propone en el *Decameron* de Boccaccio, y se convierte en fórmula deseada en la tradición literaria. El lugar ameno deviene tópico: el agua salúfera, la sombra de los árboles cuyas hojas mueve el viento, la reunión entre amigos con charlas amenas. Así se presenta en *El Cróton* de C. Villalon, hacia 1555:

Era, en suma, la más trabajada y miserable vida e infeliz, que ninguna lengua ni pluma puede escribir ni encarecer. Teníase por conveniente medio, do quiera que los hombres estaban, exercitarse en cosas de alegría y placer: en huertas, ríos, fuentes, florestas, xardines, prados, juegos y bailes y todo género de regocijo, huyendo a la contina con todas sus fuerças de cualquier ocasión que les pudiesse dar tristeza y pessar (ed. A. Rallo 1982: 94-5).

Pero esa huida no siempre es posible, como no lo ha sido en el presente con el COVID 19. Entonces hay que echar mano de la creatividad utilizando los instrumentos factibles para paliar los terribles efectos sobre las personas y sobre la sociedad. Uno de ellos, y que viene de muy antiguo, es proporcionar entretenimiento, mediante el teatro, la música, las actividades colectivas en general.

Una cossa notable que en esta nuestra ciudad pasó, y es que se tomó por ocupación y exerciçio salutífero, y por muy conveniente para evitar la tristeza y ocasión del mal, hazer en todas las calles pasos, o lo que los antiguos llamaron palestras o estadios; y porque mejor lo entiendas digo que se hacían en todas las calles unos palenques que las cerraban con un seto de madera, entrexada arboleda de flores, rosas y yerbas muy graciosas, quedando solo una pequeña puerta por la cual pudiesen entrar y otra puerta al fin, por donde pudiesen salir; y allí dentro se hacía un entoldado tálamo o teatro para que se sentasen los jueces. Y en cada calle había lucha, en otra esgrima, en otra dança y baile: en otra se jugaban birlos, saltar, correr, tirar barra; y a todos estos juegos y exerciçios había ricas joyas que se daban al que mejor exercitasse por premio, y así todos venín aquí a llevar el palio o premio ricamente vestidos o disfrazados, que agraciaban mucho a los miradores y adornaban la fiesta y regocijo (ed. A. Rallo 1982: 95).

Son soluciones vitalistas que en la actualidad han acogido y suplen los medios de comunicación virtuales *on line*, propicios para sustituir la presencialidad de las soluciones del pasado. Sofía Muñoz realiza un estudio de esa modalidad, puesta en marcha durante la pandemia del COVID 19, de hibridación de teatro e imagen grabada. Así surgió el “National Theatre at Home” «vía alternativa para mantener la actividad teatral más allá del espacio escénico convencional». Se logró tender los «puentes necesarios entre las soledades de los confinados». La selección que evidencia la programación tuvo en cuenta tanto la reposición de obras clásicas ya consagradas como obras nuevas para ampliar con un abanico de público diverso.

Parecidas soluciones se tomaron en el mundo académico. Profesores y alumnos forjaron un ámbito de comunicación por internet para poder continuar con sus enseñanzas y aprendizajes. Esto implicó la creación o nuevo uso de plataformas virtuales y la adaptación a sus medios e instrumentos. Aunque, como en el caso de los teatros o musicales presenciales, se perdieron las virtudes de la convivencia y el contacto, de la interrelación en directo, en suma el diálogo en vivo entre emisor y receptor, al menos se garantizó una continuidad en la labor docente que además de permitir que no se perdieran esos meses

(más de un año), propició la sensación de rutina y de no interrupción de la vida en este aspecto tan importante en la infancia y juventud.

Los docentes hicieron posible tan necesaria continuidad, a nivel formativo y a nivel psicológico. Dos de los capítulos que forman parte de este libro se dedican a analizar los resultados, intentando además vislumbrar nuevos caminos. El de Salomé Yélamos da cuenta de la percepción que tuvieron los alumnos de esta modalidad de enseñanza. Realizando una encuesta *on line*, y analizando los resultados, concluye que los alumnos no están del todo satisfechos con este tipo de docencia, aunque valoran el esfuerzo de los profesores; «sí piensan que las adaptaciones metodológicas efectuadas fueron las correctas, así como los recursos digitales utilizados por los docentes. Asimismo, destacan la frialdad de las pantallas y su preferencia por una docencia presencial».

El capítulo de M^a Gracia Torres constata cómo el uso de los instrumentos de *zoom*, *google meet* y *kudo* fue bastante perjudicial para la enseñanza en traducción e interpretación. Para revertir las huellas de esta obligada práctica se hacen precisas propuestas sobre la utilización de las cabinas e incluso «llegar incluso a crear una App de meditación, exclusiva para las necesidades de los intérpretes de lenguas en periodos de formación».

Esta parte positiva de las consecuencias de la pandemia, basada en la parada sobre uno mismo y su tarea social, que lleva a la reflexión y por tanto a la mejora, tiene también cierto matiz de progreso. Por un lado se examina la efectividad de los recursos dedicados a la protección social, cómo han funcionado y si han sido eficaces. Un aspecto de este inmenso mar que es la sociedad se proyecta sobre la protección de menores. Este es el tema que estudia María Herranz en la vertiente de las actividades de las instituciones para no dejar atrás a los niños por motivos de lamentable alfabetización.

Por otro lado, ante una coyuntura como la vivida nos damos cuenta de la potencialidad de ciertos instrumentos que ya existían y que deben afianzarse brindando nuevas utilidades, “un cambio visto como oportunidad”. Según Francisco Estévez se descubre el significado de la cultura digital; es hora de apreciar todo el significado de esta ventana abierta ya hace algunos años, y que ha afectado a la creación literaria. El paso de lo analógico a lo digital es comparable al cambio sufrido en el paso del manuscrito al impreso.

La netflixización de la narrativa escrita, la readersdigestización del ensayo, la instagramización de la poesía, la feisbuqui-twiteri-whatsapización del periodismo, la tiktokización de la narrativa audiovisual. Toda esta digitalización del espectro de la cultura queda fagocitada por extraña ley cuyo signo es indistingue entre el fenómeno paródico y el fenómeno genuino, cuya protohistoria la encontraríamos en los estudios de Guy Debord (1967) [F. Estévez].

La cultura se ha desdoblado en el espejo de la digitalización, produciendo la confusión entre lo auténtico y su doble que lo suplanta. Es este un abismo que abrió la pandemia con su condena al enclaustramiento, primero físico y luego psicológico. Así es arma de

doble filo: propende a la comunicación virtual con todos sus efectos y a la vez ofrece un nuevo campo para la creación, con sus inseguridades e incógnitas:

hay una dificultad intrínseca para detectar las aportaciones literarias notables que se conviertan en paradigma de nuestro tiempo, con probabilidad no estamos perfilando con exactitud los contornos de la verdadera contemporaneidad, quedando todavía en cartón piedra cuando no en trampantojo de la esencia de la cultura digital [F. Estévez].

Como en todos los tiempos tras una catástrofe no vale sólo intentar recuperar el pulso detenido sino atender a nuevas interrogantes que se han generado para la persona y para la sociedad. Una vista y una reflexión sobre lo acontecido en el pasado pueden ayudar con la perspectiva de la superación de eventos similares.

En el espejo plateado del pasado

Contemplarnos en el espejo del pasado permite establecer paralelismos que nos conducen a una mejor comprensión de las respuestas ante una catástrofe y, en definitiva al conocimiento de las condición humana. Como afirma Cristian Cerón en su capítulo:

Una pandemia no es solo un fenómeno biológico donde se produce el encuentro entre el microorganismo causante de la enfermedad y el ser humano. Es un proceso también social porque el devenir de los acontecimientos viene marcado por el contexto histórico, geográfico y cultural que determinan los hechos que se producen durante el tiempo que está vigente la enfermedad, así como los sucesos derivados de esta en los años y décadas posteriores [C. Cerón].

Mediante la atención a diferentes obras, en dicho capítulo Cristian Cerón se acerca a lo ocurrido en el periodo de entreguerras, tras la pandemia de 1918. En ellas, y en diarios y noticias se reflejaría, «desde la utopía, pero también desde la distopía», la exposición y el aviso «de las sombras del nuevo mundo que ve la luz tras la pandemia y la violencia de la guerra».

En una época, casi inmediatamente anterior, los desastres de la guerra influyeron en todos los aspectos. Uno de ellos, muy interesante, lo presenta el cambio producido por la industrialización repercutiendo en el arte. Sonia Ríos toma las creaciones de Christopher Dresser para plantear este tema:

Londres, desde principios del siglo XIX se convirtió en una ciudad industrial con una infraestructura pública isabelina, reunía todas las condiciones para que se autodestruyese al no poder metabolizar su propio crecimiento, a pesar de que algunos oficios, se afanasen por reciclar esos desechos. El primer brote de cólera se

manifestó en 1832 (Hempel 2020: 92-101), aunque el de más mortalidad fue el tercero, el de 1854, iniciado en el surtidor frente al n.º 40 de Broad Street [S. Ríos].

Mientras Londres vive estas circunstancias derivadas de su propia idiosincrasia y de las oleadas de cólera, Dresser camina en su producción incorporando sus conocimientos de científico, su vivencia del arte japonés y la adaptación de sus diseños a la sociedad de la industrialización. Es ejemplo de la superación posible en momentos cambiantes y precarios.

Durante los eventos catastróficos se producen repetidas actitudes ante la incertidumbre, el desasiego y la impotencia que intentar adoptar salidas, desde la huida de los enfermos o al revés su atención mediante hospitales, hasta el desarrollo de bulos y falsas noticias. La negación en el inicio, mostrada como escepticismo o incredulidad, suele ser común en estos sucesos. La evolución del enfrentamiento a la catástrofe, especialmente si se trata de enfermedad, ha sido referido en obras literarias como *I promessi sposi* de Manzoni, en la que sirve de fondo para una historia de amor sumando, de modo romántico, la tragedia individual al aciago ámbito en que ocurre.

Pero también en los archivos pueden encontrarse datos y pequeñas narraciones de casos, como es en el *Libro de compañía* (o *Diario de la fiebre amarilla*) que ofrece Ana Barrena en su capítulo, sobre lo ocurrido a principios del siglo XIX en Málaga. Casos que demuestran las posibilidades de asunción de la enfermedad: la negación de causa de la muerte, la muerte en solitario tras el abandono de la familia, el entierro fuera de la ciudad o la muerte por “aprensión”, es decir por miedo del contagio. Como se concluye: «Conocer las diferentes perspectivas de un mismo hecho común, hace que los diarios, diálogos y memorias conservadas muestren diferentes caras de un mismo prisma».

Además estas terribles situaciones alteran la vida social y los espacios que la acogen:

Artefactos de carácter utilitario, ornatos de índole religiosa y otras construcciones efímeras alteraban su aspecto cotidiano. Algunas de aquellas escenografías urbanas eran habituales durante las celebraciones de eventos festivos tanto civiles como religiosos, sin embargo, cuando se producía una epidemia, a las expresiones de tipo devocional se sumaban una serie de medidas sanitarias e higiénicas que implicaban intervenciones urbanísticas de carácter urgente [C. González Román].

En las pandemias se hace necesario levantar hospitales, para asistir y también aislar a los enfermos, trasladar a los muertos a fosas comunes o quemar sus cadáveres. Desde el siglo XVI («y en el entierro o quedaba sin sepultura o se echaban veinte persona en una» *El Cróton*) al XIX («En el hospital, donde la población, aunque era diezmada diariamente, iba creciendo de día en día. y era cada vez más difícil asegurar la asistencia y el orden, y de conservar la distancia prescrita... » *I Promessi sposi*), la atención a los enfermos estaba comprometida por el desconocimiento del agente patógeno y de las vías de propagación del contagio. Resulta relevante y aclarador saber qué se hizo en Málaga durante la epidemia de 1637, y de eso trata el capítulo de Carmen González, en el que se recuperan las noticias de la habilitación de diversos edificios (ermitas, iglesias y conventos) en varios barrios para

su uso como hospitales, y las descripciones de construcciones efímeras para la atención de los enfermos: «Las vallas y los toldos, artefactos de uso temporal que eran utilizados habitualmente en las celebraciones festivas, contribuyeron de este modo a resignificar un espacio situado extramuros». Resulta significativo la expropiación de algunas casas «para habilitarlas como viviendas de médicos, barberos, cirujanos y enfermeros» constituyendo un recinto.

En otro orden un modo diferente de paliar la miseria, el hambre y el padecimiento es consolar. Transmitir el consuelo al enfermo y al desgraciado ha sido desde que existe la imprenta uno de los motivos que han atendido las epístolas. En un formato que se remonta a los modelos clásicos de Cicerón y Séneca, remodelados con la normas del *ars dictaminis* medieval, se publicaron manuales de composición epistolar, en los que figuran modelos de cartas de consolación. Antes de la existencia de estos manuales, cuyo origen se podría atribuir a la obra de Erasmo *De conscribendis epistolis*, la imprenta ya había publicado conjuntos de cartas o letras en los que aparecían este tipo de misivas, como es el de Hernando del Pulgar, *Letras*, que sirvió de inspiración a las *Epístolas familiares* de Antonio de Guevara. Hay una *Letra* dedicada a un amigo desterrado a quien debe dar consuelo y consejo y otra para su propia hija que ha elegido el retiro conventual. De Guevara, autor tan famoso en su época, basta citar la carta en la que consuela a su tío por haber estado malo y habersele “apedreado” el campo, o la de Pedro Girón cuando estaba desterrado en Orán, y en especial la jocosa que tanta difusión tuvo del consuelo a una sobrina por habersele muerto su perrita.

El capítulo de Carmen Serrano se refiere a este género en el siglo XVII, atendiendo a los diferentes matices que presentan estas cartas según el corresponsal y su circunstancia; «dan cuenta, sin embargo, de una preocupación auténtica y constante en el tiempo, inquiriendo acerca de la salud ajena, informando de la propia o consolando al doliente».

No queda duda que las pandemias han asolado a la humanidad en todos los tiempos y que cualquier acercamiento al pasado esclarece las variadas, aunque repetidas, modalidades del comportamiento humano ante ellas. Y también aporta una ventana para ver cómo la sufrieron. El capítulo de Marta Pacheco-Javier Calle, tomando como testimonio los libros de medicina medievales, demuestra los parecidos entre las oleadas de peste y la actual pandemia:

gestionar una epidemia en una época sin higiene pública o personal, en la que la ciencia estaba reprobada, y en la que solo algunos tenían acceso a la información, no debió ser una tarea fácil, especialmente a la vista de las numerosas dificultades que la sociedad actual ha tenido que afrontar con la COVID [M. Pacheco-J. Calle].

El desentrañamiento de los términos y su uso consiguen una eficaz luz sobre las sombras del pasado. Los textos antiguos y medievales revelan estas semejanzas y los conocimientos filológicos actuales permiten su incorporación a nuestro presente.

Rasgando las sombras

Quizá el primer planteamiento que se debe hacer para la comprensión de una pandemia y sus efectos sea el estudiar cómo se han verbalizado. Ante un mundo nuevo e incierto el lenguaje intenta asumirlo. De esto trata el capítulo de Patricia Álvarez que sondea los términos y las expresiones nacidas durante la pandemia del COVID 19, algunas de ellas de significativo humor. Se acuñaron neologismos y se sumaron a la lengua habitual términos científicos y médicos hasta entonces desconocidos por los no profesionales. Algunas palabras trastocaron su significado o se hicieron metáforas al cambiar de campo semántico. «Todo ello da cuenta de cómo los acontecimientos históricos y nuestras vivencias dejan huella en las lenguas de forma muy creativa y quizás de que la creación léxica refleja, hasta cierto punto, la idiosincrasia de los pueblos».

Pero si empezamos por el principio, quizá lo más prudente es plantearnos el propio sentido de las palabras “pandemia” y “epidemia”, de su origen, de su historia y de las aplicaciones lingüísticas que han tenido y tienen. Laura Esteban lo rastrea para los términos ingleses que funcionan como adjetivos y sustantivos viendo sus definiciones en diferentes diccionarios. Tras el seguimiento de la oscilación de uso de *epidemic* y *pandemic*, en tiempos y espacios diversos, se llega a una conclusión semejante a la del capítulo anterior: «la lengua es una parte integrante de nuestra realidad (social, cultural, económica, política, etc.) y con el estudio llevado a cabo hemos podido observar como cambios que afectan a la sociedad se reflejan directamente en la lengua».

Salvador Peláez busca el sentido del uso de las palabras referidas a estas terribles ocasiones utilizando para ello textos del siglo XIX que relatan lo sucedido durante la pandemia de fiebre amarilla en Málaga, provocando «la incorporación de nuevos términos y acepciones en las diferentes ediciones de los diccionarios académicos de dicha centuria». La interrelación constante entre la lengua y la realidad se percibe precisamente en la presencia de determinadas acepciones dictadas por las novedosas circunstancias y da cuenta el valor de la utilización del lenguaje dependiente y acomodado a las situaciones vitales de la sociedad.

«Desde entonces el uso, como principio de autoridad, se fue imponiendo poco a poco al de la literatura, hasta ser hoy en día, junto a los medios de comunicación y las redes sociales, el que más fija los cambios que se producen en la lengua». Unas acepciones se consolidan y otras no, dando cuenta así no solo del uso cambiante de la lengua, sino también del modo de aprehender la realidad trágica, pero al fin ocasional.

No sólo la lengua refleja esta necesidad de adaptación a lo episódico cuando ocurre un horroroso suceso que trastorna y confunde la vida individual y la vida social, con enfrentamiento al sufrimiento y la muerte. Las imágenes juegan un papel muy sobresaliente, en especial las estampas, a las que desde tiempos antiguos se les concede un poder de ayuda y salvación. Estampas de santos, escapularios y medallas protegen del dolor y de la muerte. Reyes Escalera hace un repaso «por estos “trampantojos a lo divino” que se estamparon en Andalucía en la Edad Moderna, así como por testimonios sobre su eficacia, y que ponen de manifiesto la mentalidad de la sociedad del momento». Ayudadas con plegarias, rogativas y

ayunos estas imágenes “mediadoras” hicieron “milagros” según se avala con casos recogidos en escritos que Reyes Escalera comenta.

Por último, hay dos efectos de índole social en los que se perciben los cambios positivos experimentados tras una pandemia. Las nuevas actividades y propuestas dan cuenta del deseo de renovación e incluso superación que se despierta después de un evento catastrófico. Así lo proponen Carlota Escudero *et alii* examinando las iniciativas de varios grupos de mujeres mayores, emprendedoras de nuevos trabajos.

En segundo lugar se observa, y ya planteado desde la Edad Moderna, las consecuencias sobre el valor y significado de la familia. Frente a la literatura que refleja la vertiente negativa, «los padres huían dellos los hijos con la mayor crueldad del mundo, y por semejante huían dellos los padres por escapar cada cual con la vida» se lee en *El Cróton* siguiendo el *Decameron*, Francisco Hidalgo hace una revisión de los planteamientos historiográficos que han tratado el tema, proponiendo un método que rastree «más allá del acontecimiento, centrándonos en los efectos de onda generados por el impacto, cada vez más tenues, pero no por ello inexistentes».

Todas estas propuestas para el entendimiento de qué es una pandemia y cuáles son sus secuelas deben completarse con la perspectiva que lo contempla como un fenómeno natural espontáneo e incontrolable y, a la vez, como un acicate para el ser humano. Es decir el examen del comportamiento humano ante las catástrofes.

En el cristal oscuro de la naturaleza

Los cataclismos, pestes y pandemias hacen emerger el caos sobre el orden, demostrando el poder de la naturaleza sobre el ser humano, arruinando los trabajos que se habían hecho para controlarla y, sobre todo, haciendo patente lo vulnerable y efímero de todo lo humano.

En el capítulo de Carmen Lara se descubre cómo «el carácter biológico de la amenaza por COVID-19 ha puesto de relieve una vez más la complejidad y fragilidad del equilibrio en la relación entre hombre y naturaleza, que constituye un tema recurrente en la literatura en lengua inglesa.» Desde la presentación del ser humano según el concepto de «gran cadena del ser» en la obra clásica de James Thomson, *The Seasons* (1730), al examen de dos relatos contemporáneos se incide en la problemática de la politemporalidad. “Sea story” de A. S. Byatt se articula desde el principio sobre el binomio hombre-naturaleza, en el que la amenaza procede del hombre como destructor del medio ambiente. En “The Purple Swamp Hen” de P. Lively el narrador protagonista es un ave ornamental romana que habla por sí misma y en nombre de su especie, para la que el ser humano es también un peligro para su supervivencia. El mensaje deducido es un aviso:

De hecho el tratamiento temporal en ambas narraciones refleja la importancia de subrayar el carácter indeleble de las huellas que hombre y naturaleza se infringen

mutuamente, lo cual pone de manifiesto la necesidad de respetar el equilibrio entre ambos para la supervivencia del ser humano y del planeta [C.Lara].

Se incorpora así al problema de las catástrofes uno de los vínculos más interesantes entre estas y la acción humana: la cuestión del tratamiento medioambiental. Una perspectiva esclarecedora resulta de comparar las diferentes actitudes entre las sociedades occidentales y las orientales. Rosa Fernández «analiza las artes visuales asiáticas, que son mayoritariamente no antropocéntricas y revelan una mayor imbricación del ser humano con la naturaleza.» En la cultura hindú se plantea que esta relación supone no funcionar como centro y gestor absoluto, de no erigirse «centro supremacista y cúspide de la evolución natural», sino de practicar la autoconciencia para poder convertirse en «garante del orden cósmico»

En diversos ejemplos de la historia visual asiática, como los procedentes de la escultura hindú y budista o la pintura taoísta, podemos ver plasmados los profundos lazos que nos unen a la naturaleza desde premisas filosóficas que evitan otorgar una posición central en sentido absoluto a lo humano. Se trata de una naturaleza que no es percibida como enemiga o rival a la que dominar o superar, sino como aliada y una madre nutricia que generosamente nos proporciona todo lo que necesitamos para una vida plena [R.Fernández].

Pero en la cultura occidental, desde los tiempos remotos de la Biblia, la naturaleza ha sido sentida muy ligada al poder divino y las catástrofes como una vuelta al caos primitivo. Por lo que el ser humano ha respondido con acciones religiosas que mediaran ante Dios y remediaron los desastres en los que se encontraban inmersos y perdidos, pues cuando la naturaleza ataca con su poder soberbio al hombre solo le queda, reconociendo su inferioridad, apelar a la ayuda del dueño y señor de la naturaleza. Dos casos son estudiados por Manuel Álvarez-Martí, en los que la intervención divina se entendió como un milagro. Uno ocurrido en Creta en el 365 y otro en Cádiz tras el terremoto de Lisboa en 1755, ambos efectos de la paralización de un maremoto justo en el límite de inundación de la ciudad. En el de Creta los testimonios escritos hacen hincapié en la imagen «de la transgresión anómala por parte del mar de los límites que le eran propios». Y tras el suceso «surgieron tradiciones que afirmaban que, merced a la intercesión de algunos santos varones, la inundación de 365 fue milagrosamente detenida en ciertos lugares». Entre ellas la ocurrida en Epidauro (Croacia) por la intervención de san Hilario, según cuenta San Jerónimo.

En Cádiz el remedio vino gracias a una imagen de la Virgen. El terremoto y el consiguiente tsunami crearon el terror en la ciudad. En una de las versiones tradicionales dos religiosos llevando un crucifijo y un guion de la Virgen salieron al paso del agua que entraba ya por varias calles y en una de ellas «dando el Padre Capellán Macías con la vara del Guion en el suelo, dijo en voz alta: “Hasta aquí Madre mía” y en el mismo acto retroceden las aguas para su centro con la mayor velocidad, quedando el Barrio seco.»

Manuel Álvarez-Martí demuestra así la repetición de sucesos que reiteran unas constantes históricas:

Los casos abordados en este capítulo ejemplifican cómo el fenómeno del tsunami, que pudiera ser presentado como ejemplo paradigmático de “acontecimiento” en el tejido de la historia, “explosivo y tonante”, la materia prima de la historia *événementielle*, hace aflorar a su vez representaciones y prácticas que revelan estructuras simbólicas de muy larga duración [M. Álvarez-Martí].

Para el estudio y comprensión de estos episodios trágicos, en esta confrontación de la naturaleza y el hombre, hay que tener en cuenta, pues, que en la historia se reflejan como eventos repetidos pero puntuales con una morfología semejante de desastre y superación, no ya individual sino del ser humano como sociedad.

Apuntes de eventualidades que narran sucesos particulares, entre los cuales destacan estas situaciones de epidemias, sequías y hambrunas aparecen en documentos de archivo. Pero de modo casi insólito se encuentran también en los libros parroquiales. Milagros León recoge bastantes datos, apuntados al margen, de la parroquia de San Juan de Antequera entre 1662-1699, conservados en su Archivo Histórico Municipal. Con estos datos se construye la interrelación de la climatología atmosférica y las adversidades de ciudad que las soporta.

Aunque en este tipo de fuentes «la información sobre desastres, más allá de indicar los índices de mortalidad, es anecdótica, debe considerarse por su valor confirmatorio y esclarecedor de los sucesos recogidos.» Contextualizándolos con documentos históricos se pueden reconstruir relatos: como el de 1668 causado por una sequía, o las inundaciones en Málaga de 1628 y 1667.

Lo cotidiano y lo extraordinario se conjugan para dibujar una realidad peculiar a través de las percepciones y anotaciones de un eclesiástico. Su mirada, su versión y sus escritos nos sumergen en un relato lleno de matices y conexiones con ámbitos complejos delimitados por la actual historiografía modernista dedicada a las catástrofes, a las mentalidades y a la religiosidad, todo ello desde la perspectiva microhistórica, donde la documentación más improbable resulta interesante y digna de estudio [M. León].

Las actividades religiosas se imponen también no solo como refugios del miedo y de los sufrimientos, sino como instrumentos para alcanzar la mediación divina. Peticiones de socorro mediante novenarios y procesiones. Volvemos así de nuevo a la convergencia de historia y literatura, pues son las obras literarias las que con detalle y atención a las sensaciones reflejan las situaciones humanas de incertidumbre, dolor y muerte y dibujan las costumbres religiosas. Costumbres, por otro lado, que acrecientan las posibilidades de contagio cuando se trata de una epidemia. Así por ejemplo en la ya citada novela de Manzoni se describe una gran procesión que partiendo de la catedral recorre calles y barrios

de la ciudad movida por el deseo de conseguir ser liberados de la peste por intervención divina. La consecuencia es una mayor mortandad en los días siguientes.

Si tenemos la poetización de la cruda pandemia, recientemente vivida, en la obra de Begoña Rueda, explicada en el primer capítulo de este libro, en el último se cierra el círculo con la contribución del análisis de relatos distópicos en lengua inglesa. Una aportación muy valiosa de la literatura al entendimiento de la conducta humana en los momentos de crisis provocada por las catástrofes naturales (biológicas, climatológicas o geológicas) se escribe en la ficción de futuribles, imaginando distopías en épocas venideras. Resulta muy esclarecedor y curioso comprobar cómo en el pasado se crearon estas. Miguel Ángel González ofrece un recorrido desde *The Last Man* (1826) de Mary Shelley por una serie de novelas, como *I Am Legend* (1954) de Richard Matheson constatando que:

las contextualizaciones futuras descritas en estas obras coinciden en que, como no puede ser de otro modo, están profundamente influidas por el contexto en el que se originan, de manera que más que proporcionar vaticinios y pronósticos adivinatorios más o menos catastrofistas, lo que ofrecen no es sino una honda reflexión sobre su propio presente al proyectar sobre el lienzo en blanco del futuro los miedos e inquietudes de las épocas en las que se crean [M. A. González].

Novelas que son además reflexiones sobre los sentimientos del ser humano, que propician estas terribles situaciones, en especial la soledad. La pérdida de los vínculos sociales que despierta del miedo y conlleva la transformación de la persona, incluso en nuevo ser como vampiro o zombie. Todo se trastorna y en estas visiones se hace posible hasta la extinción del género humano. En nuestra contemporaneidad contemplamos estas posibilidades en las pantallas de los cines o en la de los videojuegos. Miguel Ángel González atiende a los ejemplos de *12 Monkeys* y (1995) y *Arcadia* (2016).

Cualquier pandemia produce un giro en la humanidad, que aflora en algunas acciones de manera inmediata, y en otras actitudes o costumbres poco a poco. Porque la vivencia de una catástrofe deja huellas que quedan latentes de manera individual pero también social. Pero el ser humano tiene la capacidad de reflexionar, de recapacitar sobre lo ocurrido y sacar de la experiencia nuevas soluciones, como un aprendizaje continuado y cíclico como cíclicas son las catástrofes naturales.

El conjunto de estudios que constituyen los capítulos de este libro, *Arco de sombras*, da muy buena e interesante cuenta de esas huellas propicias para el análisis y las revisiones del pasado y del presente. La mirada histórica y la mirada artística brindan un feliz éxito.